

No basta ser médico

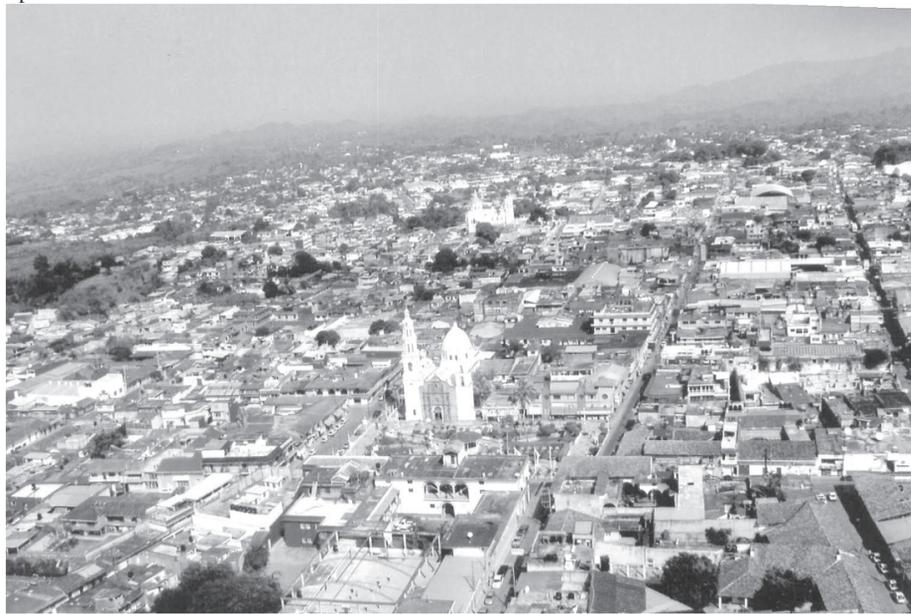


Alfonso Diez García
Cronista de Tlapacoyan
alfonso@codigodiez.mx

Alfonso Diez García
Cronista de Tlapacoyan
alfonso@codigodiez.mx

El doctor Noah Praetorius era un hombre intachable, un profesional de la medicina exitoso. Todos lo querían, lo buscaban. Pero, como siempre que alguien destaca sucede, surgió un envidioso que comenzó a atacarlo. Las acusaciones eran graves a tal punto que la universidad en que trabajaba decidió abrir una audiencia para conocer de los hechos que se le imputaban y decidir en consecuencia. La acusación más grave era haber resucitado a un muerto.

El tema es importante para las crónicas porque ésta la dedicamos a todos aquéllos en Tlapacoyan que, como Praetorius, hacen del ejercicio de la medicina un apostolado.



Para nuestros lectores, una bellísima panorámica de Tlapacoyan en la que podemos ver toda la majestuosidad de la Parroquia de la Asunción y al fondo la iglesia de El Cerrito.

Comencemos entonces en Tlapacoyan, para terminar con la historia apasionante de Noah Praetorius.

El primer director del hospital de Salubridad fue el doctor Manuel Urcid Madrid. Era de Altotonga y aunque originalmente tenía planeado irse a trabajar a Poza Rica, un paisano de él originario de Zapotitlán, un pueblecito cercano a Altotonga, lo convenció para que trabajara en Tlapacoyan. Éste era Manuel Domínguez, que también se estableció en nuestro pueblo, puso una farmacia, se casó con Lucero Arámburo y tuvo tres hijos. Fue presidente del municipio entre 1953 y 1955.

Urcid, por su parte, nació en 1925, se tituló de Médico, Cirujano y Partero en la UNAM. Llegó a Tlapacoyan cuando Domínguez era presidente y se casó con una jovencita de 16 años de edad que venía de Cempoala, María Teresa Gutiérrez Jácome, el 7 de abril de 1956. Tuvieron cinco hijos: Isaura, Bernardino, Enrique, María Teresa y Manuel. Los dos primeros deben su nombre a los padres del doctor Urcid, el tercero a un tío y la cuarta y el quinto resulta evidente.

Manuel Urcid tuvo cuatro consultorios. El primero en los Baños Torres, que estaban en una propiedad de Francisco Arámburo Moya en la calle Cuauhtémoc, donde ahora está la casa de Gustavo Arámburo Desoche. El segundo en una casa de Aurelio Núñez, en la calle Gutiérrez Zamora esquina con Ferrer, frente a la que ocupaba el doctor Anaya, de

quien nos ocuparemos más adelante. El tercer consultorio del doctor Urcid estaba en el edificio que ahora ocupa Banamex, en la esquina de Ferrer y Cuauhtémoc. Y el cuarto en la que fue su casa, en el número 200 de la calle Zaragoza, entre Hidalgo y Juárez.

Manuel falleció de mieloma múltiple, cierto tipo de cáncer en los huesos, el 9 de febrero de 1985.

Fue el tercer Jefe de Salubridad en la población, el segundo fue el doctor Cueto y el primero el doctor Anaya, a quien nos referimos antes. Su nombre completo era Alfredo Anaya Manzano y era de Puebla. Se casó con María Núñez Parada, hermana de Aurelio, mencionado antes, a quien, por cierto, le decían Güeyo. Su hija era Graciela Anaya Núñez, quien a la fecha vive en Martínez de la Torre.

El mayor de los hermanos Núñez Parada fue Gilberto y le siguieron Emilio, Aurelio, Roberto (El Boba), María, Margarita y Pepe. Algunos de sus integrantes se mencionan en estas líneas.

Aurelio Núñez tuvo también una farmacia que ahora pertenece a la familia Zayas y está ubicada en la calle Héroes esquina con Gutiérrez Zamora. La esposa de Aurelio era Noelia Salas, hermana de Ofelia, casada esta con Benito Arámburo Desoche.

El doctor Absalón Rivera Martínez nació en Las Vigas, aunque algunos de quienes lo recuerdan lo creen originario de Puebla porque de allá eran sus padres. Absalón tuvo su primer consultorio en la casa de la familia Mendoza que a la fecha está en la avenida Cuauhtémoc. El último en la calle Hidalgo, a unos metros de Zaragoza. Tuvo tres hijas y un hijo: Araceli, Absalón, Norma Aidé y Azucena con la que fue su esposa, Soledad Álvarez, que venía de Nacozari, Sonora. Fue de los fundadores del Club Rotario de la ciudad.

A mediados de los años cincuenta, uno de los médicos más solicitados era Gilberto Rivas Pérez, que tenía su consultorio en Cuauhtémoc, donde ahora vive Celina Villalobos y vivió su esposo, Ramón Herrera, quien murió el año pasado. Gilberto era nicaragüense.

Resultado imposible, por el espacio, describir detalladamente la vida de cada uno de los galenos que hemos tenido en Tlapacoyan, pero podemos mencionar a los que recordamos. Ofrezco una disculpa si olvidó mencionar a alguno.



A la izquierda, Finlay Currie como Shunderson; y a la derecha, Cary Grant como Noah Praetorius en "People will talk".

Rogelio Arias y su esposa, Elba Mendoza, son médicos ambos y propietarios de la farmacia ubicada en Hidalgo y San Francisco. El doctor Maximino Melgarejo Gutiérrez falleció hace poco en Ciudad Victoria, era hijo de Maximino y de Lourdes Gutiérrez Jácome, hermana de la esposa del doctor Urcid; tenía hace tiempo una farmacia junto al negocio de fotografía que atiende su hermano, Mauricio, localizado en la esquina de Héroes y Gutiérrez Zamora.

Otros médicos que podemos mencionar son los que llevan por apellido Cuéllar, Carro, Castro, Pelayo, Pasitos, quien más que doctor parece que era curandero, allá por los años cincuentas.

Bernardo Oliver Dátolli, Salvador Casco Nájera, quien tenía su consultorio en la calle Ferrer y era sobrino del doctor Facundo Martínez Casco, de Teziutlán. El doctor Chucho Domínguez, casado con Graziela Croche Pescador, cuyo hermano, también médico, se casó con una hermana de Graziela.

El doctor Pedro Aburto atiende en la Farmacia del Golfo, Hugo Martínez Pelayo y su esposa Martha, médicos ambos, tienen una farmacia en la calle Héroes; el primero es hijo de Lupita Pelayo, quien también es poseedora de una farmacia en la misma calle. El esposo de Lupita atiende otra farmacia en Gutiérrez Zamora. No puede quedar fuera la doctora Elsa Benavides, lo mismo que su hermano, también médico.

La doctora Martha Arámburo Salas, quien atiende en su consultorio ubicado en la calle Hidalgo, casi llegando a la esquina de San Francisco, frente a la escalinata que conduce al parque central.

A todos ellos y a muchos que probablemente deberían ocupar un espacio en esta crónica, rendimos el homenaje que es un tributo al apostolado al que se entregan.

¿Y por qué el título de esta crónica: No basta ser médico?

Volvamos a la historia del doctor Praetorius para explicarlo:

En cierta ocasión, cuando era un practicante antes de titularse, le llevaron el cadáver de un individuo que había sido ejecutado por matar a otro que lo quería asesinar, en una clara reacción de legítima defensa. Fue ahorcado y declarado oficialmente muerto. Praetorius encontró un leve soplo de vida en el cadáver y lo revivió. Lo trató y lo cuidó durante meses, hasta que Shunderson, apellido del resucitado, pudo reincorporarse a la vida activa. A partir de ese momento, Shunderson no se despegó de Noah. Lo seguía a todas partes y casi lo consideraba su dios.

Praetorius se fue a un pequeño pueblo de Estados Unidos a ejercer como médico, pero como en ese lugar aborrecían a quienes se dedicaban a tal profesión, debido a un accidente del pasado, Noah optó por esconder su título y atendía como curandero, con un enorme éxito. Pero tuvo la mala suerte de que la enfermera que lo auxiliaba descubriera su título y tuvo que salir huyendo del poblado.

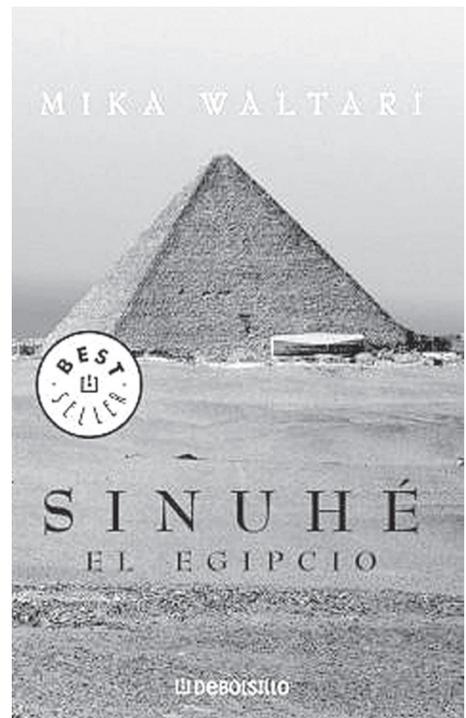
Fue entonces cuando lo contrataron en la universidad de esta nueva población. Una de las alumnas llegó a verlo víctima de algunos malestares y durante el análisis para diagnóstico cayó desmayada. Praetorius se dio cuenta de que estaba embarazada y se lo dijo. Ella se sumió en una profunda depresión por dos motivos: 1.- El padre del hijo que esperaba era un compañero que había fallecido en un accidente y 2.- Temía que su padre, enfermo del corazón y a quien adoraba se pusiera mal al escuchar la noticia.



La estatua en homenaje a Ibn Sina en Ankara, Turquía.

Noah le dijo entonces, para que reaccionara, que ya había revisado los análisis y podía informarle que no estaba embarazada. Ella entonces se desvaneció. Praetorius se sintió culpable porque le había mentado y tras hacer algunas indagaciones la fue a buscar a la granja de su padre, donde la localizó, pero ella creyó que el doctor en realidad sí había enamorado de ella y por eso la buscaba; se le dijo y él, para no confesarle que le había mentado, no sólo la dejó con esa idea, sino que se prendió en realidad de ella. Poco después se casaron y él le tuvo que confesar que si estaba embarazada, pero ante las dudas que ella manifestaba, el doctor le aseguró que en verdad se había enamorado de ella. Un suceso extraño merece relatarse: Cuando llegó Praetorius a la granja, acompañado de Shunderson, un perro enorme los iba a atacar, pero bastó que Shunderson se parara frente al perro para que éste se convirtiera en un manso animal. Era inexplicable el influjo que este misterioso personaje, resucitado por Noah, ejercía sobre los animales.

El matrimonio evolucionaba de maravilla, el trabajo en la universidad también, pero... Siempre hay un pero. El envidioso de siempre, otro doctor, indagó acerca del pasado de Praetorius y lo denunció ante las autoridades universitarias: Lo acusó de tener como ayudante a un hombre que había sido condenado a muerte y de haber ejercido la medicina haciéndose pasar por curandero. Cuando se llevó al cabo la audiencia, Noah Praetorius no sólo no fue condenado, sino que de manera unánime quienes se desempeñaron como integrantes del jurado lo felicitaron por la manera tan noble, valiente y humilde en que se había desempeñado a lo largo de su vida. El acusador salió abochornado del recinto.



La portada del libro de Mika Waltari, Sinuhé, el egipcio.

En otras palabras: **No basta ser médico.** Para ejercer la medicina, hay ocasiones en que quien lo hace tiene que sacrificarse dando todo lo que pueda sin esperar recompensa. El médico tiene el deber de pensar en el bienestar de sus semejantes, antes que en el propio, pudiendo llegar al grado que llegó Praetorius de esconder su título para poder ejercer. Rescató de la muerte a un individuo que se convirtió en su sombra a lo largo del tiempo que tuvo la oportunidad de vivir por segunda ocasión: Una sombra protectora, una sombra capaz de dar su propia vida, si era necesario, para salvar la del médico que lo resucitó.

Pero el de Praetorius no es el único caso de lo que significa el apostolado del médico. Diversos libros nos han permitido conocer la vida de estos ejemplos de nobleza, estudio y dedicación a la medicina.

Un ejemplo es Ibn Sina, conocido también como Avicena, médico ejemplar de Ispahán, Persia, que vivió del 980 al 1037 en ese país y vivió consagrado al estudio de la medicina y a la enseñanza de sus nuevos descubrimientos. Una novela ejemplar de Noah Gordon relata con maestría los sucesos alrededor de la vida de Avicena. Se trata de "El Médico", que recién fue llevada al cine.

Otro caso fue el de Sinuhé el egipcio, un magnífico médico que servía al faraón Akenatón y que cayó en desgracia al morir éste. Su vida también se convirtió en novela, escrita por el finlandés Mika Waltari y publicada en 1945. Durante su exilio estuvo en Babilonia, en Creta y con los hititas. Su vida fue, de igual modo, llevada a la pantalla cinematográfica.

Y por cierto, el caso del doctor Noah Praetorius se convirtió en una bellísima película estelarizada por Cary Grant como Praetorius, Jeanne Crain como la alumna con la que se casa y Finlay Currie como el resucitado. El título de ésta, en inglés, es "People will talk"; en francés, "On murmure dans la ville", cuya traducción es algo así como "Los chismes en el pueblo". Ahora decimos. Pueblo chico, infierno grande.